

AGENDA CIUDADANA

¿Y QUE HACER CON ESTADOS UNIDOS? Lorenzo Meyer

Vivir sin Proyecto es un Mal Proyecto.- Desde luego que varias generaciones de políticos en Estados Unidos se han formulado una pregunta equivalente a la que encabeza este artículo. Históricamente, los norteamericanos han dado un buen número de respuestas --no exentas de contradicciones-- a la cuestión de ¿qué hacer con México? Como resultado de la asimetría de poder, la contraparte mexicana ha tenido siempre menos opciones al formular su respuesta respecto de Estados Unidos. Sin embargo, la coyuntura actual pareciera caracterizarse por el hecho que, una vez asimilados los efectos del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN), ni México ni Estados Unidos saben bien a bien que hacer para realizar creativa y positivamente sus relaciones en el mediano y largo plazo. Obviamente, esta ausencia de claridad sobre el porvenir es más peligrosa para el socio más débil -- nosotros— que para el fuerte.

Como consecuencia de lo ocurrido el 11 de septiembre del 2001, ni México ni Estados Unidos han creado un conjunto coherente de ideas que pueda ser tomado como equivalente a un plan post TLCAN. Sepultada entre los escombros de la Torres Gemelas de Nueva York quedó la afirmación de George W. Bush sobre la gran importancia de México para Estados Unidos, lo mismo que la esperanza de Vicente Fox de lograr un compromiso de la Casa Blanca para dar forma al capítulo migratorio del TLCAN. En el 2001 la estrategia mexicana no contaba con ningún “Plan B”, y desde entonces nuestro gobierno casi no acciona en ese campo, sólo reacciona.

Para no pecar de injustos, se debe de admitir que la falta de un conjunto coherente de ideas sustantivas en torno a nuestra relación con la gran y única superpotencia, no es

algo que afecte sólo al Ejecutivo mexicano. Una ausencia similar también se nota en otros lugares: en los partidos políticos, los círculos del gran capital, las instituciones académicas, los espacios intelectuales o las iglesias. Esta ausencia de plan maestro no debiera continuar, ni dejar que los simples acontecimientos nos marquen el rumbo.

México Como Problema.- Pese a que en ciertos círculos mexicanos sobrevive la tesis de Lombardo Toledano según la cual la gran y última explicación de nuestros males nacionales es la política imperial norteamericana encaminada a apoderarse de nuestros recursos y mercados, un análisis más objetivo muestra que esa simpleza no se sostiene. Desde hace ya más de un siglo, lo central para Washington en su relación con el vecino pobre del sur no es adquirir más territorio o mejor acceso a sus mercados y materias primas, a la mano de obra barata o al sistema financiero, sino mantener la estabilidad política y social a lo largo de una frontera de más de 3 mil kilómetros. Ahora bien, hoy algunos responsables de observar a México desde las atalayas del gobierno norteamericano, se muestran preocupados. La mera idea de que Washington suponga que hay problemas en México es ya, en la práctica, un problema, pues automáticamente eso convierte a nuestros asuntos internos en temas de la agenda política norteamericana.

¿Y Cuales son las Dificultades?.- La semana pasada, en una comparecencia ante un Comité de Inteligencia del Congreso de Estados Unidos, varios de los profesionales de la observación advirtieron puntos rojos al sur del Río Grande. En primer lugar, y como ya se da por hecho que la organización islámica radical, Al Qaeda, volverá a intentar atacar en el territorio norteamericano, el almirante James M. Loy sostuvo ante los congresistas que los datos disponibles “sugieren con fuerza” que la organización islámica ha considerado la conveniencia de infiltrar a algunos de sus operativos desde México. ¿Cómo? Pues

“comprando” su entrada, es decir, como lo hacen miles de los mexicanos que ingresan indocumentados a Estados Unidos. (The New York Times, 17 de febrero).

A los servicios de inteligencia norteamericanos les preocupa México, en primer lugar, en función de Al Qaeda, pero también por sí mismo. En la comparecencia mencionada, el director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), Porter Goss, presentó una lista de países latinoamericanos que son “puntos de alarma potencial” en este año de 2005 debido a sus procesos políticos internos, y en esa lista se incluyó a México, en unión de Venezuela, Colombia, Haití, Costa Rica, Perú, Ecuador, Nicaragua y Cuba. En nuestro caso concreto, lo significativo no fue que Goss vaticinara lo obvio --que las reformas fiscal, laboral y energética ya no se van a dar— sino que incluyera al México democrático en la lista de naciones problemáticas. (Reforma, El Universal, Milenio Diario, 17 de febrero).

Para cerrar con broche de oro, el mes pasado el Consejo Nacional de Inteligencia (NIC), hizo público un reporte elaborado con la participación de varios centros académicos, que pone sobre aviso a los círculos gobernantes norteamericanos sobre los inconvenientes de que tanto en México como en Brasil lleguen a afianzarse gobiernos de corte izquierdista y nacionalista, pues eso podría contagiar a la región y provocar fuga de capitales, empobrecimiento y aislamiento internacional, lo que, finalmente se traduciría en ingobernabilidad en el “patio trasero”, (El Universal, 17 de febrero). La visión del NIC, pareciera sacada del closet donde se guardan los viejos discursos y reportes de la Guerra Fría y, en sí mismo, no debería dársele mayor trascendencia. Sin embargo, importa en tanto que indicador de la visión conservadora dominante en Estados Unidos en relación al mundo y que, en nombre de la lucha contra el terrorismo, pudiera llevar a Washington a tomar decisiones que directa o indirectamente afecten el interés nacional de nuestro país.

El TLCAN ya se Hizo Viejo, hay que Renovarlo. Nos guste o no, el corazón de la actual relación de México con su vecino del norte es el TLCAN. En 1990 el valor del comercio total entre ambos países fue de 60 mil millones de dólares pero en 2003 la cifra ascendió a 252 mil millones y continuaba en ascenso; la inversión norteamericana en México creció en menor proporción, pero también creció.

Sin embargo, para Estados Unidos el TLCAN es algo relativamente secundario pues su comercio con sus dos socios regionales --México y Canadá-- apenas equivale al 6% de su PIB. En contraste, ese mismo comercio equivale al 50% del PIB de cada en los dos países que flanquean a Estados Unidos. Para México, el acuerdo tripartita significó todo un cambio de régimen económico, equivalente al cambio de régimen político que tendría lugar en el 2000. En efecto, nuestro país pasó de tener una economía protegida, con gran peso del sector estatal y centrada en el mercado interno a otra de mercado, globalizada y privatizada. Sin embargo, hoy ese nuevo régimen económico --como el político--, no conserva ya la legitimidad ni la credibilidad que pareció tener al inicio.

La desilusión con el TLCAN tuvo mucho que ver con la gran crisis económica que siguió a su entrada en vigor. Como se recordará, al año de operar el TLCAN, y por los errores garrafales de su dirigencia política, el PIB en vez de crecer cayó en 8%. Y aunque la recuperación no tardó, pronto se detuvo, esta vez como resultado de la caída en el 2000 del ritmo de la economía norteamericana. Y mientras la economía mexicana quedaba en crecimiento casi cero, la china, que crecía al 9% anual, empezó a arrancarle a México sus nichos en el mercado norteamericano. Hoy, en México, la promesa de acceder a un estadio superior de desarrollo económico por la vía del libre comercio de la América del Norte, suena hueca. La realidad cotidiana es la de un país donde el mayor dinamismo está en el

empleo informal y donde una de las mayores exportaciones es la mano de obra documentada e indocumentada a Estados Unidos.

El giro que dio la política mundial norteamericana a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001, llevó a que se hicieran evidentes dos cosas que le restan vitalidad a la idea de una América del Norte donde el futuro ofrezca algo más que continuar con una dependencia mediocre para México. Por un lado, la poca importancia que tiene para Estados Unidos su entorno geográfico inmediato (Canadá y México) en comparación con el Medio Oriente; por el otro, la invasión de Irak hizo evidentes las diferencias en las visiones que tiene México –y, en buena medida, Canadá— con Washington sobre lo que deben ser las reglas centrales del orden mundial posterior a la Guerra Fría.

Una Posibilidad: el TLCAN II.- De acuerdo con Robert Pastor --antiguo asesor para asuntos latinoamericanos del presidente James Carter y hoy profesor de la American University--, la verdadera y única opción para inyectar energía y legitimidad al proyecto de la América del Norte, es volver un tanto los ojos al modelo europeo. Ahí, los países más prósperos hicieron y siguen haciendo un esfuerzo deliberado por disminuir la brecha que los separa de los menos afortunados como condición de un futuro común. Sobre todo porque en el caso de la América del Norte, la brecha es mucho mayor que en Europa. Así, antes de la entrada de los últimos 15 miembros de la Unión Europea, la diferencia del ingreso per capita entre Alemania –el miembro más rico— y Grecia –el más pobre— era de dos a uno, pero entre Estados Unidos y México la diferencia es de seis a uno.

Desde la perspectiva de Pastor, el documento que en 1993 creó el mercado de la América del Norte implicó la promesa de construir una “sociedad trilateral. Es claro que el compromiso no se cumplió, y que la distancia entre México y su vecino del norte se ha acrecentado (como también se ha acrecentado la brecha entre las regiones mexicanas más

ligadas y las menos ligadas al tratado). Ya nadie puede negar que la migración indocumentada de mexicanos hacia Estados Unidos --que tanto molesta a muchos sectores de ese país--, está ligada tanto a la falta de un capítulo sobre fuerza de trabajo en el TLCAN como a la falta de dinamismo de la economía mexicana, que finalmente se traduce en una diferencia salarial promedio de cinco a uno respecto a Estados Unidos.

Para Pastor, está en el interés económico y político norteamericano, el inyectar vitalidad al TLCAN. Una forma muy concreta de hacerlo es creando un fondo de 200 mil millones de dólares para financiar un ambicioso programa de diez años de infraestructura en México --carreteras, puertos, aeropuertos, etcétera--, que lleve a un crecimiento significativo de la economía interna mexicana y le permita, también, competir en mejores condiciones con los productores chinos en el gran mercado estadounidense, pues es ahí a donde se dirige y de donde proviene el 90% del intercambio de México con el exterior. Ese fondo estaría formado por una contribución mexicana de cien mil millones de dólares y otra igual proveniente de Estados Unidos y, en mucho menor medida, de Canadá. Los fondos aportados por México deberían provenir de una reforma fiscal que elevara de 11% a 16% del PIB el ingreso fiscal, y la supervisión de su inversión debería correr a cargo de una entidad internacional --el BID, por ejemplo-- (la idea está delineada y justificada en: “La segunda década de América del Norte”, Foreign Affairs en Español, vol. 4, n° 1, enero-marzo, 2004, pp. 106-118).

Esta propuesta es una especie de “Plan Marshall” para México, pero sí el acicate del plan de George Marshall fue el temor al comunismo ¿cuál sería aquí el equivalente? A cambio de revitalizar la idea de la región de la América del Norte, Washington esperaría de México un mayor compromiso y cooperación en lo que hoy asemeja su vieja lucha contra el comunismo: la guerra contra el terrorismo y la seguridad y control de sus fronteras. Por

ahora, no se detecta interés en los círculos de decisión por este proyecto, pero podría servirnos de punto de partida para un gran debate sobre la naturaleza de nuestra relación con Estados Unidos. Desafortunadamente, la clase política mexicana está concentrada en sus propios asuntos al punto que pareciera no tener interés en el interés nacional. Si hay tiempos de ceguera, el actual debe ser uno de ellos.